

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Deuteronomio 4, 32-34.39-40): **Reconoce que el Señor es el único Dios.**

Salmo (32, 4-5.6 y 9.18-19.20 y 22): **«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad»**

2ª lectura (Romanos 8, 14-17): **Son hijos de Dios, los que se dejan llevar por el Espíritu.**

Evangelio (Mateo 28, 16-20): **Id y hacéd discípulos.**

La religión no cumple ningún papel claro en las sociedades de gran parte de los llamados países desarrollados. Se trata de un hecho relativamente antiguo y relativamente reciente, ligado al proceso de secularización, que supone un reto difícil de abordar para la experiencia religiosa.

Los análisis sociológicos ven en las nuevas religiosidades fuera de las confesiones tradicionales, intentos de salida a esta crisis de valores que padecemos. En todo caso, el reto no está tanto en conservar las formas religiosas como en encontrar un lenguaje, una expresión y un sentido para la vivencia religiosa hoy en día.

Son tres las visiones de las religiones y de lo religioso que se consolidan y se refuerzan de forma diferente en la actualidad: “la religiosidad del miedo, la religiosidad de la ingenuidad y la religiosidad de la utopía”. Una doble actitud emerge en el encuentro con Dios más allá del miedo, de la ingenuidad y de la mera utopía: la confianza ante la inmensidad divina y el reconocimiento agradecido ante la cercanía de Dios. Actitud de confianza y reconocimiento, a la que uno sabe que llega tarde porque Dios ha llegado siempre primero.

Por ello, ni Dios puede en realidad ser conocido por el ser humano, ni el ser humano controlado por lo divino, sino liberado para un diferente conocimiento mutuo. Las personas de la vida contemplativa son la memoria y el presente de esta vivencia religiosa, que puede regenerar así el sentido, la expresión y el lenguaje de hoy.

Nuestra existencia, como creyentes, pende de hilos finos pero resistentes; por eso es capaz de dejarse llevar por brisas y también ser arrastrada por huracanes, a veces los de Dios, a veces los que se arremolinan en torno a nuestros propios anhelos, más o menos coherentes.

La libertad es la experiencia cristiana profunda, la de haber sido liberados desde y para el amor, como hilo que no ata o esclaviza, sino que según decía Pablo, produce el grito de alegría y de confianza: **«¡Padre!»**. Por no sostenerse sobre firmes construcciones fabricadas, sino entre hilos de amor y gratitud, sobre la fe, la vida del creyente es más libre y más humilde, más capaz y más sabia de sus límites, más cierta y, a la vez, más insegura.

El acto de la fe comienza con el reconocimiento a Dios, pero no como reconocemos la capacidad del gobierno de subirnos o bajarnos los impuestos o la de nuestro jefe de bajarnos o subirnos el sueldo. No se trata de “*quién puede más y de quién menos*”. Sino de quién, pudiéndolo todo, ha querido hablarnos, cuidarnos, querernos: sin otra razón que la de su voz, sus cuidados y su cariño.

Esta es la experiencia originaria de Israel, que reconoce a Dios como el único que puede hacer tal cosa, el único Dios vivo que da vida. Y este es el mismo reconocimiento que hacemos nosotros, sobre todo ante un Dios hecho carne, llamado Jesús y resucitado sobre la misma muerte, con ese poder extraño de Dios. Reconociendo entonces a Jesús como amigo, maestro y hermano, la vida de cada uno recibe también el extraño poder de un Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Dios ha querido que lo conozcamos en Jesús, contrastando con ello nuestras ideas y conceptos sobre lo religioso, nuestras visiones de cómo ha de ser la divinidad y el trato con ella. Sin embargo, y pese a todo, Dios continúa siendo un misterio, porque no es comparable con nosotros. Jesús, en sus palabras y en sus acciones, dio cuenta de este misterio, que rehúye de las últimas certezas y se explica en su presencia: **«sabad que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»**.

Quien experimenta la presencia de Dios en Jesucristo quiere explicársela. Así lo ha hecho la Iglesia a lo largo de su historia: intentando comprender el misterio divino. De ahí que haya buscado nombres y conceptos a partir de la experiencia de Dios, y sin dejar de reconocer su ignorancia.

Que Dios sea una y a la vez tres personas es el intento de pensar que Dios **«pueda»** -tenga el poder para- **«amar»** tal y como nos lo ha demostrado en Jesús de Nazaret, como Padre que nos cuida y como Espíritu que vive siempre junto a nosotros.

Sin embargo, los intentos por conocer a Dios en conceptos, que la teología llama “*dogmas*”, son insignificantes –carecen de significado- si les falta el reconocimiento de Dios y el reconocimiento de nuestro desconocimiento de Dios. Los cristianos orantes y los religiosos contemplativos, nos ayudan a reconocer y a desconocer mejor a Dios, a experimentar su presencia viva hoy en el mundo.